97 LVIII

RODRIGO.

EL REY.

CARCEL.

SIETE ROMANCES DE LA MUERTE DE DON RODRIGO CALDERON,

MARQUES DE SIETE IGLESIAS.

La barba hasta la cintura,
rubio el cabello y muy largo,
pálido y mudado el rostro,
de ayunos el cuerpo flaco.
Y una gruesa disciplina
en sus delicadas manos,
cubierta de roja sangre,
que de su cuerpo ha sacado.
Estaba el de siete Iglesias
delante de un Cristo orando,
que la oracion es consuelo
de un triste y atribulado.

Cuan-

Quando vió entrar por la puerta
de la sala un secretario,
perdone vuseñoria,
que vengo á notificaros
una terrible sentencia ;
y me pesa el disgustaros.
Leedla , amigo , le dice,
que yo os perdono de grado,
que ha de perdonar quien quiere
ser de Dios perdonado.
Y levantándose en pié,
con el sombrero en la mano,
el secretario confuso
la sentencia ha relatado :
Yo Felipe rey de España,
y de aqueste nombre cuarto,
mando cumplan lo siguiente
los de mi corte y palacio.
A Rodrigo Calderón,
es mi voluntad, y mando,
que un millon me restituya,
con ducientos mil ducados,
y lo pague de su hacienda,
de lo bueno y mas parado.
Tambien mando , que le quiten
del pecho un rojo lagarto,
que no ha de encubrir la cruz
de un mal pecho los engaños.
Y mando que en una mula
de su casa sea sacado,
ensillada y enfrenada,
como reo y justiciado.
Con pregoneros delante,
que vayan manifestando,
diciendo con altas voces
de su vida el mal estado.
Llegado que sea al suplicio,
de un funesto cadahalso,
sea en manos de un verdugo
en público degollado,
para que de ejemplo sirva,
asi al bueno , como al malo,
dándole justo castigo ;
esto ordeno , quiero y mando.
De oir la triste sentencia
quedó el Marques desmayado,
con lágrimas de sus ojos
el duro suelo ha regado.

Segundo romance.

Apriesa devana y coge
la parca embidiosa y fiera,
el hilo del triste fin
del marques de siete Iglesias.
Del arco y flechas se arma,
responde de esta manera :
Dicen que maté á la Reyna,
falsedad es por mi honor,
otras culpas me condenan,
que la de la Reyna no;
antes en la otra vida
muchas se quejan á Dios.
Un page que á media noche
medio vivo enterré yo,
que me dá grandes ahullidos
por donde quiera que voy.
Donde quiera que estoy solo,
oygo me dice una voz :
Señor , porque me matastes,
pues no tube la culpa yo ?
Y á un alguacil de corte,
y á la muger de un oidor,
y á un gentil hombre del duque,
que es del Lerma , mi señor,
y al principe de Saboya,

que

que en Valladolid murió,
y al cardenal de Toledo,
y al otro predicador ;
sin otras treinta y tres muertes,
que he hecho y consentido yo.
Estas muertes yo confieso,
mas la de la Reyna no,
que pecados que no ha hecho
no confiesa un pecador :
de la Reyna mi señora
nada sé á fé de quien soy.

Tercero romance.

Otorgóle el Rey la súplica,
responde y dá por respuesta,
que le nombren jueces nuevos,
que si es justa y recta,
que no quiere del sin culpa
lleguen al Cielo las quejas.
Visto y revisto el proceso,
vieron que en justa conciencia
merecia cruel muerte,
segun las leyes lo ordenan.
Va el secretario al Marqués,
dícele la triste nueva,
allí demostró el Marqués
gran humildad y paciencia.
Vueltos sus ojos dos rios,
responde de esta manera :
No miren que soy marqués,
ni señor de siete Iglesias,
gran capitan de la guardia,
conde de Oliva y su tierra,
y comendador de Ocaña,
y regidor de Placencia :
Mas fuí del Rey secretario,
á quien Dios en gloria tenga,
y fuí de Valladolid
alguacil mayor , yo era
conde de Villalonga,
que me dió el duque de Lerma,
con otros muchos ditados,
con mas de dos mil grandezas.
Mas ser de un Rey secretario,
es el que España gobierna,
entre todas las que tube,
esta es mayor escelencia :
Son trescientos mil ducados
los que tenia de renta.
Por escalones de vidrio
he subido á la alta esfera,
pero al fin como eran flacos
he venido á dar en tierra.
A don Alvaro de Luna
representa hoy mi tragedia,
que él fué page y yo lo fuí,
mirad que dicha la nuestra.
O quien fuera pastorcillo,
que guardára sus ovejas !
que pudiera ser que alli
tubiera menos sobervia.
Y á los veinte de Octubre
del mes presente que cuentan,
comulgaron al Marqués,
que llaman de siete Iglesias.
Y entrando Cristo en su casa,
le dice de esta manera :
Seais bien venido , Señor,
á mi casa en hora buena,
que hoy venis Vos á la mia,
yo mañana iré á la vuestra.
Misericordia , Señor,
recoged aquesta oveja
que huyó de vuestro rebaño,
por las culpas que en mi encierra.

Quar-

Quarto romance.

En un aposento á solas,
mandó llamar don Rodrigo
de siete Iglesias marqués,
á su muger y á sus hijos.
Hechos sus ojos dos fuentes,
ú dos caudalosos rios;
desque los tubo delante,
de esta manera les dijo:
Hoy marquesa doña Inés,
quedais viuda y sin marido,
vosotros hijos sin padre,
yo sin muger y sin hijos.
Amparadlos por ser vuestros,
y adoradles por ser mios:
ya os dejo á mi viejo padre
por vuestro amparo y abrigo,
que el rey me quita la vida,
segun yo tengo entendido.
De capitan de la guardia
mandó que deje el oficio,
preguntéle al rey la causa,
y él me respondió benigno:
Importa que obedezcais,
haced, Marqués, lo que os digo.
Púseme yo en mi carroza
solo, triste y pensativo,
y encontróme el de Pastraña,
que me dijo al oido:
en los casos de fortuna
se muestra el valor y el brio,
que mata un rey enojado,
mas que un fiero basilisco.
Y estando preso en Montancho,
harto triste y pensativo,
escuché en gran soledad
á uno que cantando dijo:
Mandaos prender el rey,
mas temo que no os han dicho
que matasteis á la Reyna;
ay Dios que grave delito!
Tristes dejasteis los Reynos,
tambien al Tercer Filipo,
casi despidiera el alma,
sino fuera por sus Hijos.
Vos dixisteis no lo hicisteis,
mas vuestros propios amigos
lo que hicisteis y no hicisteis
sacan en Palacio á gritos.
Perdonad á mi instrumento,
porque tan claro os lo ha dicho,
mirad que reyna un Rey Quarto,
mirad Marqués que os aviso.
Esto contó á la Marquesa,
el buen Marqués Don Rodrigo.
No me repliqueis Marquesa,
que me acortareis los hilos
de mi desdichada vida,
pues mal empleada ha sido.
Id Marquesa á vuestro cuarto,
consolaos con vuestros hijos,
y en señal de paz le dió
un ósculo en su carrillo,
diciendo: A Dios mi Señora,
á Dios, á Dios hijos mios.
Ida que fué la Marquesa,
dijo delante de un Cristo:
Misericordia, Señor,
de aquel triste y afligido,
que pues Vos nos redimisteis,
sed Vos su amparo y abrigo.

Quin-

Quinto Romance.

Cuando ya triste y solo
don Rodrigo Calderón,
al Page que está de guardia
desta manera le habló:
Bien sabrás amigo mio,
triste y pensativo estoy,
desque aquel dia en que oí
en Montancho aquel cantor,
dijo que maté á la Reyna,
ay Dios, que grande traicion!
pagaré yo con la vida,
pero no la debo yo.
Para quitarle la cruz
el Comendador Mayor
al Marqués de siete Iglesias
desta manera le habló:
Perdone vuseñoria,
que manda el Rey mi Señor,
que le quite esta encomienda;
péname á fé de quien soy.
Y viendo el de siete Iglesias
resuelto al Comendador,
la Cruz que traía al pecho
de presto se la quitó,
que los nobles Caballeros
han de mostrar el valor.
Y al Hábito que vestia
desta manera le habló:
Perdonad Hábito santo,
que no he merecido yo,
que se adornára mi pecho
con vuestro sagrado honor.
Mientras aqui habeis estado,
Cruz pareciste en rincon,
y porque todos me pisen,
os me mandan quitar hoy.
Mas perdonadme Cruz santa,
si es que os hice traicion,
y entre tantos enemigos,
qne haré yo, mi Cruz sin vos?
Estando en estas razones
una triste voz oyó
á la puerta de la sala,
que llaman con un cordon,
dos Frailes de san Francisco,
de la Orden que es Menor.
Dijoles: Deo gracias Padres,
y el hábito les besó,
dijoles que se sentasen,
respondieron: Gran Señor,
ya no es hora de sentarnos,
vuestra vida se acabó;
y venimos á exortarle
qne ponga firme su amor
en Cristo Rey Soberano,
que á todos nos redimió;
que las diez ya son del dia,
y en este punto las dió,
y á las once (segun dicen)
ya habreis dado cuenta á Dios.
Sacó un Cristo de la manga,
y dióselo á Calderón,
y tomándole en sus manos,
desta manera le habló:
Vos sois el Rey de los Reyes,
Vos el supremo Señor,
que los Reyes de este mundo
de polvo y ceniza son.
Esto dijo don Rodrigo,
y á los Padres se volvió,
las mercedes de los Reyes,
dineros prestados son,
que los piden á su tiempo
con soberbia ejecucion.

Cal-

Calderón inutil he sido,
que ya no soy Calderón;
que me importó ser Marqués
de siete Iglesias, pues oy
ninguna dellas me vale,
aun para hacer oracion.
Que no me pena el morir
ya, pues condenado estoy;
á Felipe Quarto temo,
que me ha de hacer cuartos hoy
mas los cuartos son de cobre,
yo me llamo Calderón,
y muchos contrarios tengo
solo á la defensa estoy.
Duelo me hace la Marquesa,
queda viuda y sin honor
tambien me duelan mis hijos,
que quedan sin Padre hoy,
y los llevo atravesados
en medio del corazon,
porque los dejo sin Padre,
sin hacienda y sin honor.
Mucho me duele mi Padre,
que cuando el Rey me prendió,
con lágrimas de sus ojos
mi triste rostro bañó,
y me dijo: Hijo mio,
con vuestra alma vaya Dios,
que si al Rey servisteis bien,
él os dará el galardon;
mas si le servisteis mal,
no alcanzareis mi bendicion,
que perdeis hijos y hacienda,
muger y reputacion.

Sexto Romance.

A veinte y uno de Octubre,
las diez, poco mas ó menos
sacan al triste Marqués
todo de luto cubierto.
Sale de su misma casa,
y de un angosto aposento,
que primero fué gran sala,
de aplauso recibimiento.
No va en jaeces bordados,
ni en caballo como es cierto,
sino ensillada una mula,
como justiciado y reo.
No acompañado de Pages,
ni menos de Alabarderos,
sino de Padres devotos
que le adiestran para el Cielo.
No campanillas de plata
lleva en el bozal y el freno,
sí Cristos y campanillas,
con que se entierran los reos.
Sesenta, y mas Alguaziles
van en su acompañamiento,
todos en fuertes caballos
con otros tantos Porteros.
Los Pregoneros delante
pregonan y van diciendo;
Esta es la justicia, dicen,
esto es del Rey mandamiento,
que manda hacer á este hombre:
ay tragedia! ay caso horrendo!
Y las Damas cortesanas
muestran grande sentimiento,
unos dicen: Dios te ayude
Rodrigo de sacro asiento:
otras viendo su humildad,
dicen: Dios te lleve al Cielo.

No

No entra en la escaramuza,
como solia algun tiempo,
solo sube cinco pasos
de un cadahalso funesto,
y al postrer escalon,
es bien que al recibimiento
le salga el verdugo, pues
que ha de hacer su oficio honesto.
Con cinco Padres devotos,
de la Orden del Carmelo,
y desviando el capuz,
sacado ha un papel del pecho,
dándole de sus proprias manos
al Confesor de sus yerros,
y le dijo: Padre mio,
lo que le suplico y ruego,
que en estando yo sin vida
que me desengañe al Pueblo
que la muerte de la Reyna,
cierto que yo no la debo.
Humilde abrazó al verdugo,
por dar de humildad ejemplo
y en atar los pies y manos
andó el verdugo ligero.
Atad, amigo, le dice,
las manos que sueltas fueron
á manchar mi propia sangre;
manchad vos con ella el suelo,
y teniendo ya los ojos
cubiertos de un velo negro
al Crucifijo le dijo
en voz baja estos requiebros:
Alto Dios y Señor mio,
ó alto Dios y Señor nuestro,
yo soy la oveja perdida,
que por el despeñadero
de los deleytes del mundo
me despeñé; mas confieso,
que sois Dios del cielo y tierra,
Uno, Trino, y Dios Eterno,
y en vuestras manos Señor,
mi Espíritu os encomiendo.
Llevad, Señor, á esta alma
con los Santos en el Cielo,
perdonadme Jesus mio,
Jesus, Jesus, Jesus bueno.
Y en oyendo esto el verdugo
tiñó en sangre el fuerte acero.
Unos dicen: Dios te ayude,
otros dicen, Credo, Credo.
No confie el mas subido
en la torre de los vientos,
que aquel que mas presto sube,
dán con él mas presto al suelo.

PONDERA EL AUTOR
la buena muerte de Rodrigo
Calderón, con este

Septimo Romance.

Dicen varios Religiosos
de diferentes Conventos;
que jamas morir á nadie
con mayor perfeccion vieron.
Escuchad, sabreis el caso,
aunque como el tiempo llegó
de dar el último golpe
juntamente me enternezco.
Así como entró en la Plaza
y del cadahalso al puesto
se apeó, sin que ninguno
le ayudase para ello.
Subió la escalera toda,
con grande valor y esfuerzo,
y en entrando en el cadahalso

be-

besó tres veces el suelo.
Luego se reconcilió
con un Padre Recoleto;
del Orden Carmelitano
planta del monte Carmelo.
Tendido de largo á largo,
echado todo de pechos,
recibe la absolucion
á tanto favor atento.
Al fin el se pone en pié,
y despues de haberse puesto,
dos veces besó al verdugo,
que le amenaza sangriento.
La venda para vendalle
los ojos, se la dió el mesmo,
en que metida la mano
dicen que la trujo al cuello.
Y asentándose en la silla,
el verdugo carnicero,
le ata los pies y las manos,
y venda los ojos luego.
El le ofrece la garganta,
que fué su animo inmenso,
y murió dejando al mundo
admirado y satisfecho.
Todos tienen esperanza
de que goza del eterno
premio de los escogidos,
que es premio verdadero.
Que estaba predestinado
por este camino creo,
y que Dios llevarle quiso
á su celestial consuelo.
A la noche lo enterraron
sin aparato funesto,
como á un justiciado
de los humildes del pueblo.
En los padres Carmelitas
descalzos le dán entierro,
en donde está acompañado
de muchos gloriosos cuerpos.
Téngale Dios en su Gloria,
que de su piedad lo espero,
y á nosotros nos dé gracia
para que al fin la gozemos.

FIN.

Barcelona: Imprenta de los Herederos de la Viuda Pla,
calle de Cotoners.